

LOS OJOS DE LA MOMIA

por

ROBERT BLOCH

Más vale que diga la verdad. Es muy fácil insinuar "horrores sin cuento" y "misterios prohibidos" cuando se trata de personajes ficticios; pero en un relato del que uno mismo es protagonista, existe una diferencia, una diferencia horrible.

Tampoco puedo contar esta historia como yo quisiera hacerlo. Siento el impulso de hacer constar por escrito la revelación maldita; de proclamarla a voz en grito con toda la burlona claridad que niega la razón a lo que me queda de vida. Pero no debo hacerlo porque, sin dar una explicación, nadie me comprendería ni daría crédito a mis palabras. Además, he de luchar contra el impulso por mi propio bien. Quiero escribir, clara y coherentemente, una exposición natural de todos los acontecimientos que condujeron a lo sucedido esta tarde. Sólo así puedo recobrar la creencia (casi perdida ya), en mi propia lucidez.

El relato en sí comienza en realidad, el mismo día en que decidí salir para Egipto. Y, sin embargo... ¿creen ustedes en el Destino? En caso afirmativo estarán de acuerdo conmigo en que había oscuras raíces en el pasado que dieron nacimiento al horror experimentado esta noche.

Egipto siempre me había fascinado. Egipto, tierra de secretos antiguos y misteriosos. Había leído mucho acerca de pirámides y reyes, soñado en imperios tenebrosos, tan muertos ahora como los vacíos ojos de la Esfinge. Fue Egipto el país del que más escribí en mis últimos años, porque, para mí sus singu-

lares cultos lo convertían en la tierra por excelencia de todo lo que hay de extraño en el mundo.

Y no era que creyese en las grotescas leyendas de los tiempos antiguos. No creía en el culto a los dioses antropomórficos, con cabeza y atributos de animales. Sin embargo, presentía que tras los mitos de Bast, Anubis, Sety Toth se ocultaban implicaciones alegóricas de verdades olvidadas. En todo el mundo, y en el folklore racial de todos los climas, existen leyendas de hombres-animales. La leyenda de los hombres lobos es universal y sigue invariable desde los tiempos de Plinio. Por lo tanto a mí, en quien tanto interés despertaba lo sobrenatural, Egipto me proporcionaba la clave de la sabiduría antigua.

Pero no creía en la existencia real de semejantes seres o criaturas en los días de esplendor de Egipto. Lo más que estaba dispuesto a admitir era que, tal vez, las leyendas tendrían su origen en tiempos mucho más remotos, cuando la tierra primitiva podía dar cabida a tales monstruosidades, debido a las mutaciones evolucionarias.

Luego, cierta noche de carnaval en Nueva Orleans, descubrí algo que confirmó mis teorías. En casa del excéntrico Enrique Vanning participé en una ceremonia extraña ante la momia de un sacerdote de Sebek, el dios de cabeza de cocodrilo.

El arqueólogo Weildan la había introducido clandestinamente en los Estados Unidos, y examinamos la momia a pesar de la maldición y del aviso. No me encontraba muy bien